



Capítulo 361 - Los demonios se vuelven más tontos.

"Debo estar realmente volviéndome loco..." Dijo Vergil, entrecerrando los ojos ante Zafiro. "...escucharte decir que estás 'concentrado' en lugar de admitir que tienes miedo"

Las palabras flotaban en el aire como una provocación bien medida. Pero él conocía el riesgo.

Zafiro giró lentamente su rostro hacia él. Y en un abrir y cerrar de ojos, la atmósfera cambió.

Vergil sintió esa sensación familiar pero aterradora que había sentido cuando la conoció.

La luz de sus ojos esmeralda fue tragada por una sombra profunda, casi líquida, que se extendió como tinta negra en agua pura. La presión llegó inmediatamente después, asfixiándose, como si el mismo espacio que los rodeaba estuviera siendo comprimido por una presencia que no pertenecía a ese plano.

La oscuridad que emanaba de ella no era teatral—era real. Una fuerza antigua, depredadora y primitiva. Una entidad que no sólo mataría... sino que desharía.

El cabello de Virgilio estaba de punta y todo su cuerpo gritaba alerta. El aire se volvió espeso y cada respiración requería esfuerzo. Y luego, por un breve y terrible momento, sintió... no miedo... sino la destrucción de sí mismo. Como si su espíritu estuviera siendo borrado, arrancado de la existencia por un depredador mucho, mucho mayor que él.





Y luego lo cortó.

Con una onda sutil —casi perezosa—, Virgilio dejó que su energía mortal fluyera a través de su piel, tragándose su aura opresiva como si estuviera disipando humo con un chasquido de dedos. La marea cambió en silencio.

"Maldita sea..." murmuró, frunciendo el ceño, con la voz baja pero cargada de peso intencional. Una media sonrisa apareció en sus labios. —Realmente odias cuando te hago bien la primera vez, ¿no?

Zafiro parpadeó y el control volvió a sus ojos como si alguien hubiera encendido una luz dentro de ella. El resplandor ámbar regresó, vacilante por un segundo— y luego constante, pero con un ligero matiz de vergüenza.

Se mordió la lengua y miró hacia otro lado con una expresión entre irritada y resignada.



"Tsk... idiota", gruñó, cruzando los brazos y apartando la cara como un gato herido que intenta ocultar su vulnerabilidad.

Virgilio sonrió y dio un paso más cerca. "Lo siento cariño", dijo en un tono sincero pero todavía provocativo. Había afecto debajo del sarcasmo —el tipo que sólo surge entre dos monstruos que se conocen demasiado bien.

Zafiro no respondió, pero su aura había vuelto a la normalidad. Y a pesar de la mirada de fingida ira, vio algo más en sus ojos: respeto. Y un toque de miedo, tal vez — no de peligro, sino de cuánto la vio.



Ada, que observaba todo con su estoicismo habitual, simplemente suspiró profundamente, como alguien que presenciaba una tormenta que estaba destinada a ocurrir y ya no intentaba detener la lluvia.

"Si ya terminamos de medir quién ruge más fuerte", dijo Ada, sin siquiera levantar la voz, "tal vez podamos volver al tema principal. Tenemos un dragón a punto de despertar."

Vergil soltó una ligera risa por la nariz y las comisuras de sus labios se curvaron formando una sonrisa contenida. Él asintió y su mirada regresó brevemente al orbe pulsante frente a ellos.

"Mientras lidiamos con esta... pequeña belleza", dijo, "¿mi madre fue tras la hija de Cabernet?"

—Sí, lo hizo —respondió Ada, tranquila como siempre, cruzando los brazos. 'Unos minutos antes de llamarte.'



Vergil levantó una ceja, su tono teñido de ligera sospecha. "¿Solo?"

"Conoces a tu madre", dijo Ada con un breve suspiro. 'Ella casi nunca acepta compañía cuando ya ha tomado una decisión. Dijo que necesitaba resolver esto personalmente.'

Virgilio chasqueó la lengua, como si oyera repetirse una vieja historia. "Sólo espero que no se meta en más problemas de los que pretende"

Ada se encogió de hombros y su mirada ahora estaba fija en el orbe flotante. "Ella es una anciana. "Crear problemas es parte de su currículum"



Sapphire soltó una risita baja y finalmente se relajó un poco. "Al menos ella es honesta."

...

El cielo sobre el territorio de Gremory estaba perpetuamente oscuro, teñido de nubes carmesí que parecían no disiparse nunca. El aire era caliente, denso, cargado del aroma metálico del poder infernal. Ante el colosal Palacio Gremory apareció la figura de... Bueno, Sephirothy Lucifer.

No necesitaba anunciar su llegada. Su simple caminata hizo temblar la energía que la rodeaba. Las llamas de las antorchas demoníacas de la entrada parpadeaban, como si vacilaran ante algo mayor de lo que estaban dispuestos a soportar.

Llevaba un vestido de tela oscura que ondeaba sin viento y su cabello blanco fluía como seda viva. Sus ojos, de un azul profundo y tranquilo, escaneaban el entorno con indiferencia imperial.



Dos soldados demoníacos hacían guardia en la entrada principal. Ambos llevaban una armadura negra agrietada en algunos lugares, con cuernos torcidos y ojos codiciosos. La notaron con una risa burlona que pronto se convirtió en algo más repugnante.

"Oye, oye... mira el regalo que nos envió el infierno hoy..." dijo uno, lamiéndose los labios. —¿Todo esto es sólo un espectáculo o usted también sabe tocar, señora?

La otra se rió, dando dos pasos hacia adelante, bloqueando su camino. "¿A dónde vas con esa mirada de reina? Toma, espera a que te evaluemos... de cerca."



Sepphirothy no respondió de inmediato.

Ella simplemente se detuvo. Su expresión no cambió. Ni un centímetro de su cuerpo se movió— y, sin embargo, toda la habitación pareció congelarse por un segundo.

Luego levantó los ojos y los fijó en el demonio que tenía delante.

"Tienes dos segundos", dijo, con una voz tan tranquila como el sonido de una cuchilla deslizándose a través de su funda. 'Para quitarme los ojos de encima y apartarte de mi camino.'

Se rieron—por un breve momento.

Y fue el último sonido que cualquiera de ellos pudo hacer antes de que el aire a su alrededor se rompiera con un crujido agudo. En un abrir y cerrar de ojos, uno de los soldados fue arrojado contra el muro de piedra negra con una fuerza invisible. El impacto agrietó los bloques demoníacos como si fueran vidrio.



El otro intentó levantar su arma—pero ella ya estaba frente a él. Ella no se movió. Ella no dio ningún paso. Y, sin embargo, ella se cernía ante él como un presagio. Sus ojos ardían como estrellas muertas.

"Los demonios se han vuelto cada vez más tontos con el paso de los años", murmuró y extendió un dedo.

La sombra del soldado se retorció en el suelo, como si hubiera cobrado vida propia — subía por sus piernas, su pecho, su garganta. Intentó gritar, pero la oscuridad ya había invadido su boca, sus ojos, su alma.



Con un gesto sutil, Sepphirothy lo liberó.

Ambos soldados cayeron inconscientes. O muerto. No importaba.

Miró las grandes puertas del palacio, que se abrían con un crujido sordo —no por obediencia, sino por miedo.

Sepphirothy respiró profundamente, con los ojos impasibles.

"Ahora sí. Como debe ser." Ella dijo y pasó junto a ellos, pero rápidamente apareció una sombra y se inclinó.

"Lo siento." Dijo que habló una mujer de cabello blanco con trenzas y traje de criada.

"Grayfia." Dijo Sepphirothy, analizando a la criada personal de Cabernet.

